

Entre luces y rumores de aurora

La mirada de Ortega sobre la educación de la niñez

GASTÓN H. GUEVARA

Prof. y Lic. en Ciencias de la Educación
Docente Universidad Nacional de San Luis
gastonhguevara@gmail.com

Resumen

El presente artículo aborda algunos aspectos de las ideas pedagógicas de Ortega y Gasset con ocasión de la respuesta y la disputa con Antonio Zozaya respecto de la inclusión o no de “El Quijote” en la escuela. La clave de la pedagogía que nos propone Ortega en este escrito radica en entender a la educación de manera mítico-poética, donde el sentido prime por sobre la utilidad y lo esencial sobre lo superficial. Para el madrileño hay algo inmutable en la infancia y por eso su educación se debe dar entre los rumores de la alborada, colocando la atención de manera preeminente en desarrollar su connatural admiración. Esto implica comprender la vida infantil, el paisaje en donde se mueven, dejando que la infancia madure la infancia y excluyendo, o relegando a un segundo plano, la vida negociosa. Sólo de esta manera –fructificando la infancia por medio de la infancia- el hombre será maduro y acumulará en su corazón el más espléndido tesoro de la infancia: el sentido festival de la vida.

Palabras claves

Educación, Infancia, Escuela, Vida

BETWEEN LIGHTS AND AURORA RUMOURS

Ortegas’s point of view about childhood education

Abstract

This article addresses some aspects of the pedagogical ideas of Ortega and Gasset on the occasion of the response and the dispute with Antonio Zozaya regarding the inclusion or not of "Don Quixote" in the school. The key to the pedagogy that Ortega proposes in this paper is to understand education in a mythical-poetic way, where the sense prevails over utility and the essential over the superficial. For the Madrilenian there is something immutable in childhood and that is why their education must be given among the rumors of the dawn, placing attention in a preeminent way to develop their innate admiration. This implies understanding children's life, the landscape where they move, letting childhood mature childhood and excluding, or relegating to the background, business life. Only in this way - by enhancing childhood through childhood - will man mature and accumulate in his heart the most splendid treasure of childhood: the festival meaning of life.

Keywords

Education, Childhood, School, Life

*“El problema de la educación es siempre un problema de eliminación,
y el problema de la educación elemental es el problema de la educación esencial”.¹*

José Ortega y Gasset

Ortega nos devela que en la educación y sobre todo en la educación del párvulo hay que eliminar cosas, lo superfluo, lo excesivo, lo redundante, prestando atención a lo verdaderamente necesario. Se preguntará prontamente el lector ¿qué es lo superfluo y qué lo necesario? La distinción realizada y la respuesta a cada uno de estos aspectos nos presentan cómo entiende Ortega la educación, la infancia y cómo esta última debe ser educada.

Educar para la vida

A lo primero que debemos atender es al concepto de “preparación para la vida”. Zozaya, que es a quien responde con este artículo Ortega, considera que los eventuales contenidos que se impartan en la escuela deben ser de orden práctico, útiles, que capaciten para la vida. Por tal motivo propondrá el aprendizaje de ciertas técnicas que permitan al niño, más adelante, desenvolverse en el ámbito del trabajo. Prefiriendo que se lea en la escuela el periódico del día en lugar del Quijote – o cualquier otra literatura-. Para Ortega y Gasset esta consideración no es expresión de vida, sino, estricta y escuetamente, de la faz que *hoy* tiene la vida. Lo íntimo, lo profundo, lo existencial de la vida escapa al periódico ocupado en los menesteres del acontecer diario que tiene más que ver con lo económico que con lo espiritual.

A partir de lo dicho podemos ir entreviendo, aunque sea un poco, la distinción que nos planteamos al inicio de este artículo. Entonces, y siguiendo en la línea del develamiento de tal diferencia, podríamos preguntarnos: ¿es preciso que los niños averigüen bien pronto qué es un auto, qué es una empresa, para qué sirve el dinero o cuál es la composición química de una estrella? Es claro que esto tiene su *utilidad*, que proporciona cierta agudeza para conocer algunas cosas, pero en la educación del niño la *utilidad* tiene poco sentido ¿No sería mejor que antes de reconocer la composición química de una estrella, los infantes se entreguen a la experiencia *poética* de admirarse y deleitarse, en el brillo encantador del firmamento?

El mundo de la *utilidad*, parece decirnos Ortega, debe ser ajeno a la educación de los pequeños, porque la utilidad reduce su horizonte vital y es *ajena* para ellos; baste mirar su juego,

¹ *El Quijote en la escuela*. En: Obras Completas, Tomo II, “El espectador”, 6ª ed., Revista de Occidente, Madrid, 1963, p. 274-305. Este trabajo solo se detiene a analizar las “ideas pedagógicas” y “sobre la infancia” del autor en este artículo en particular. Quedando para otro momento las relaciones pertinentes con los conceptos antropológicos, filosóficos, etc. vertidos en otras de sus obras.

no tiene una *utilidad* externa al mismo, sino un *sentido* íntimo. Por lo tanto, la educación de los niños se gesta a través de la *introducción poética de la vida*. Y esto debe ser así porque “...la enseñanza elemental tiene que asegurar y fomentar esa vida primaria y espontánea del espíritu” (Ortega y Gasset, 1963, p. 279); hay que fomentar y desarrollar la connatural admiración del niño, esa apertura *al mundo*, propia del alma espiritual, defendiéndola de la mecanización actual. Y por eso, a gusto de Ortega, la escuela *debió* permanecer invariable a lo largo del tiempo, a lo menos en este aspecto que es idéntico: “Porque lo que ella ha de educar es inmutable en calidad y contenido; sólo es perfeccionable en calidad” (Ortega y Gasset, 1963, p. 279). A renglón seguido expresa que no es más urgente educar para *la vida ya hecha*, sino para *la vida creadora*. Lo primero es una educación adaptadora, una miope concepción utilitarista de la vida que hace de ese niño, de ese joven, una pieza más de la maquinaria productiva. La savia vivificadora de la vida infantil pronto se seca y lo que pudo llegar a ser quedó truncado. Lo segundo, por el contrario, lo podríamos caracterizar platónicamente como “educación por las musas”. Éstas eran deidades de la poesía, de la música, de la danza, que hacen que el niño se maraville y tense su espíritu. Es la vida fresca, la vida del primer amanecer claro y luminoso que se experimenta por primera vez.

El infantil paisaje de los mitos

¿Qué es, entonces, lo que propone Ortega para educar a los niños? Teniendo en cuenta que el niño es un ser que absorbe espontáneamente todo lo que le rodea nos dice que “...*debe ser envuelto en una atmósfera de sentimientos audaces y magnánimos, ambiciosos y entusiastas*” (Ortega y Gasset, 1963, p. 294). Al leer estas líneas se nos vino inmediatamente a la memoria aquella niña que al ser preguntada por su maestra acerca de *qué superhéroe le gustaba*, no recurrió a los espurios super-héroes de Marvel, sino que apeló a la herencia griega, a la tradición de los héroes inmortales, y nombró sin ambages al bello y fuerte Aquiles. En esa niña, déjenme decirles, pervive Occidente, pervive la cultura y la civilización griega de la cual es hija la nuestra, la hispánica. Y han sido, claro, sus padres quienes han reconstruido el paisaje helénico donde la niña encontró a Aquiles.

Dice Ortega, además, que se debe apartar de los pequeños todo cuanto siembre suspicacia y le haga presentir lo equívoco de la existencia. Cuánta pedagogía moderna, cargada de sesgos ideológicos, hacen estragos hoy en el virginal interior de nuestros pequeños, las cuales los llevan a considerar a la existencia como algo chato, oscuro y sin sentido. Si queremos educar verdaderamente debemos proponerles la alegría y el gozo de la existencia, sólo así podrán entrever el carácter *festivo* de la misma, sólo así darán sentido a su vida ¿De qué manera se puede inflamar el alma de los pequeños? Recurriendo a Aquiles, Hércules, Ulises, estos, que nosotros llamamos arquetipos, “...*gozan de una irradiación inmarcesible, generatriz de inagotables entusiasmos*” (Ortega y Gasset, 1963, p. 294). Ortega nos presenta los mitos como fuente matriz para la educación ¡Sí, mitos! Tiende así un puente hasta el divino Platón que proponía iniciar los

balbuceos escolares a través de ellos, pues, solo los mitos “...suscitan en nosotros las corrientes inducidas de los sentimientos que nutren el pulso vital, mantienen a flote nuestro afán de vivir y aumentan la tensión de los más profundos resortes biológicos” (Ortega y Gasset, 1963, p. 295). Claro está que para un pedagogo practicante inclinado a volcar en el alma del pequeño solo aquello que se puede medir, numerar y cuantificar, despreciará los mitos. Los hechos duros y fríos de esta pedagogía jamás podrán encender el fuego del corazón. Se pregunta Ortega, y nosotros con él, “¿Qué sería, no ya de un niño, sino del hombre, más sabio de la tierra, si súbitamente fueran aventados de su alma todos los mitos eficaces?” (Ortega y Gasset, 1963, p. 295).

Lo auroral del aula

El ambiente, o mejor, *el paisaje*, es para el madrileño de vital importancia, y llega a decir que el ámbito de las aulas infantiles “...debe mantenerse perennemente antiguo, primitivo, siempre entre luces y rumores de aurora” (Ortega y Gasset, 1963, p. 298). Para mantener lo auroral del aula debemos comprender el paisaje en el que habita el niño sin confundirlo con el contaminado medio en que se mueven, como dice El Principito, las *personas mayores*. Esto último es lo propio de nuestro tiempo: cargar a los niños con las presiones propias de las faenas negociosas. Pareciera que nuestro objetivo fuera oprimir y deformar aquella infancia, llegando algunas veces, como ha dicho Chesterton, a matar la infancia sin matar al infante. “*Todo ello por querer suplantar el paisaje natural del niño con el medio que rodea a las personas mayores*” (Ortega y Gasset, 1963, p. 300).

Madurar la infancia

“El hombre mejor –dice José Ortega y Gasset- no es nunca el que fue menos niño, sino al revés: el que al frisar los treinta años encuentra acumulado en su corazón el más espléndido tesoro de la infancia” (Ortega y Gasset, 1963, p. 299). No hay desaparición de la infancia en un hombre maduro. Un hombre maduro, pues, es aquel que ha madurado la infancia, que asume las mejores cualidades del niño, que sigue siendo niño, que “...llevan en el ángulo de la pupila una inquietud latente, la cual hace pensar en un niño acurrucado y escondido, presto a dar el brinco genial sobre la vida” (Ortega y Gasset, 1963, p. 299). En consecuencia, dirá más adelante, “la madurez no (es) supresión, sino una integración de la infancia” (Ortega y Gasset, 1963, p. 299). El canto del poeta, la palabra del sabio y el brío del guerrero son siempre eco del niño interior.

Vayamos cerrando estas reflexiones. En el crepuscular estado en que se encuentra la educación de la infancia debido a pedagogías en las cuales su horizonte no se extiende más allá de la tuerca y el tornillo y que hacen de su corazón un páramo infértil, las palabras *añejas* de Ortega y Gasset son una bocanada de aire fresco. Dar la importancia debida al niño comprendiendo el *paisaje* de objetos donde está inmerso y tratar de mirar la infancia con los ojos cargados de

infancia, nos permitirá intuir que el niño es un heroico creador de fantasías, pues cuanto toca su alma queda transfigurado. Dejémonos tocar y trocar. Si este niño puede convertir un palo en espada o en caballo, un escritorio en montaña o en trinchera, tal vez pueda devolvernos a la edad aquella en que vivir es soñar.

Referencias bibliográficas

- ORTEGA Y GASSET, José (1963) Obras Completas, Tomo II, “El espectador”, 6ª ed., Madrid, Revista de Occidente.